

## EL HOLOCAUSTO Y LOS RECUERDOS EN *THE DEVIL'S ARITHMETIC* DE JANE HYATT YOLEN

Déborah Alejandra Garrido Daneri\*

### ABSTRACT

This essay focuses on Jane Hyatt Yolen's *The Devil's Arithmetic*, and how this novel deals with the remembrance of the Holocaust. Following Iwona Irwin-Zarecka's ideas, my aim is to analyze the diverse aspects of memory as developed in this children's novel.

**KEYWORDS:** Jane Hyatt Yolen, *The Devil's Arithmetic*, memory, Holocaust.

### RESUMEN

Este artículo se detiene en la novela *The Devil's Arithmetic* de Jane Hyatt Yolen y cómo presta especial atención al recuerdo del holocausto judío. Partiendo de las ideas desarrolladas por Iwona Irwin-Zarecka sobre la memoria, el objetivo es analizar los diversos aspectos de ésta tal como aparecen en esta novela.

**PALABRAS CLAVE:** Jane Hyatt Yolen, *The Devil's Arithmetic*, memoria, holocausto judío.

Siguiendo el proceso de cómo se activan los recuerdos analizado Iwona Irwin-Zarecka en *Frames of Remembrance: The Dynamics of Collective Memory*, me voy a centrar en la novela *The Devil's Arithmetic* [*La aritmética del diablo*] de la autora americana Jane Hyatt Yolen, revelando una serie de ejemplos de la novela en los que el tratamiento del holocausto y su recuerdo se desarrollan de modo ejemplarizante. A pesar de que la narrativa del holocausto como uno de los hechos históricos del siglo XX no es el principal cometido de esta novela, sí que ayuda a establecer el contexto apropiado de ese horrible acontecimiento.

Uno de los propósitos de esta novela es enseñar e instruir sobre la preservación y el recuerdo del pasado. Pero ¿cómo es posible aprender o recordar algo que la gente no conoce? Para una gran mayoría de jóvenes lectores, esta novela supone una introducción al holocausto y a las diferentes maneras de abordarlo. Varios fragmentos de la novela muestran cómo la autora maneja la tarea de presentar detalles históricos, políticos, sociales y culturales sobre este acontecimiento:

---

\* Déborah Alejandra Garrido Daneri se graduó en Estudios Ingleses por la Universidad de La Laguna (alu0100630442@ull.edu.es). Actualmente trabaja en IBM Slovakia.

“Esos hombres de ahí abajo,” gritó desesperadamente, “no están invitados a la boda. Son nazis. ¡Nazis! ¿Entienden? Matan a gente. Mataron—matan—matarán a judíos. Cientos de ellos. Miles de ellos. ¡Seis millones de ellos! Lo sé. No me pregunten cómo lo sé, sólo lo sé. [...] ¡Tenemos que correr!”<sup>1</sup> (64)

Rachel interrumpió. “Tía Gitl, creo que sé de lo que habla Chaya. Ella nos contó un cuento esta mañana. Sobre dos niños llamados...”. [...] “Los hornos de gas de los que hablo no son ningún cuento,” dijo Hannah. (67)

En estos fragmentos, la personaje principal Hannah establece el escenario de la historia. Durante su presunta “fantasía”, intentó advertir varias veces a su familia y amigos—



la familia y los amigos de Chaya—sobre lo que iba a ocurrir contándoles todo lo que aprendió en el colegio y relatos familiares que ella leía a finales del siglo XX. Antes de ser llevada mágicamente a 1942, es decir, cuando vivía confortablemente en la década de los ochenta, se cansaba de escuchar y recordar esas historias sobre judíos. Sin embargo, ahora después haber vivido directamente la experiencia de Auschwitz donde se la conocía como Chaya Abramowicz, comienzan a tener sentido. En este punto, se empieza a apreciar el papel que juega el recuerdo en la historia—principalmente para la protagonista. En relación a esto, también se puede ver la importancia de educar sobre este tema. De no ser por las clases sobre el holocausto recibidas en su momento, Hannah no habría sido nunca consciente de nada, como el resto de la gente, aunque más tarde estos conocimientos comiencen a desvanecerse:

“Entrada al campo de concentración de Auschwitz.”

Foto: David López Megías. 2015.

Hannah escuchaba al coro con asombro, mientras la canción pasaba de guagua en guagua carretera abajo. ¿No lo sabían? ¿No se lo imaginaban? ¿No les importaba? Ella intentaba seguir recordando, más y más, pequeñas partes de las conversaciones en las clases sobre el holocausto. Sobre los campos de concentración y los crematorios. Sobre los despiadados nazis y los seis millones de judíos muertos. ¿Era el saber—o el no saber—más aterrador? No supo decidir. (72)

Se concentró en lo que venía después—después de las duchas y el corte de pelo—recordando sus clases de historia sobre el holocausto en el colegio. Pero tan pronto como las tijeras hicieron tris tras en su pelo y la maquinilla afeitó el

<sup>1</sup> Todas las traducciones que aparecen en este texto corresponden a la autora de este ensayo.

resto, se dio cuenta con un pánico horroroso de que ya no recordaba nada de su pasado: “‘No puedo recordar’, se susurró a sí misma. ‘No puedo recordar’: su memoria le fue arrebatada tan brutalmente como su pelo, sin permiso, sin razón”. (94)

Pero esta información no sólo proviene del conocimiento sobre el pasado que tiene Hannah, sino que también se ve físicamente envuelta en ese pasado al transportarse de manera literal casi por arte de magia a la Polonia de 1942 al abrir la puerta del apartamento de sus abuelos al profeta Elías. Esto incrementa la precisión de las historias contadas en tiempos de guerra sobre el destino de los judíos. Yolen juega con el presente y el pasado y hace referencia a esas historias a través de otros personajes, aportando más definición al contexto. Es importante mencionar que estas historias están basadas en hechos reales, siendo otro de los métodos usados por la autora para intentar abordar la historia del holocausto:

“Oí también de manera fiable que en una ciudad de la frontera polaca encerraron a toda la población dentro de la sinagoga. Y que luego los nazis prendieron fuego al edificio. A cualquiera que intentase saltar por las ventanas se le disparaba”. (81)<sup>2</sup>

Según avanza la historia, más detalles sobre el holocausto van apareciendo. Aunque ésta sea ficción, lo que ocurrió durante esa época no fue inventado. Por este motivo, como se menciona anteriormente, la autora recopila varias experiencias y hechos contados por supervivientes, recopilándolos en la historia de Hannah/Chaya. En palabras de Yolen: “Todos los hechos sobre la horrible rutina del mal en los campos son ciertos [...] Sólo los personajes son inventados [...] aunque elaborados a partir de los pequeños retazos de historias reales que he recogido de un escaso puñado de supervivientes” (168).

A través del enfrentamiento de los diferentes personajes con la cruda realidad, Yolen construye un relato real y preciso del holocausto. A pesar de que algunos lectores puedan conocer cómo vivían los judíos, *The Devil's Arithmetic* supone para la mayoría de los lectores un primer contacto con este tema, siendo esta esencia que aporta la autora parte fundamental del poder educativo de esta novela. La historia abarca desde el traslado de los judíos a los campos nazis hasta sus momentos finales, pasando por todos los duros momentos que estos vivieron dentro:

Hannah siguió la línea del arma que le apuntaba. Detrás de ellos, bajando por un terraplén de gravilla, había una desoladora hilera de barracones. Intentó contarlos; parecían seguir y seguir. Una valla de alambre de púas los rodeaba.

---

<sup>2</sup> Cientos de judíos fueron encerrados en sinagogas y los nazis incendiaron muchos edificios al comienzo de la II Guerra Mundial. Esto ocurrió por toda Europa central, especialmente en países como Polonia o Letonia.

[...] Una puerta de hierro forjado se erigía frente a los edificios, y sobre la puerta un cartel en grandes letras negras que decía: ARBEIT MACHT FREI”.<sup>3</sup> (86)

Además, *The Devil's Arithmetic* proporciona una visión sobre otros aspectos de la vida en los campos de concentración que nunca se suele tener en cuenta. Ejemplo de esto es la estructura social en el interior de los campos y cómo diversos niveles sociales se establecieron entre los prisioneros:

“Sois ‘zugangis’, novatos, lo peor de lo peor”, les dijo la mujer alta y de pelo negro mientras se apiñaban en los barracones. Llevaba un vestido azul con un ribete verde y las mangas cortas dejaban ver un largo número tatuado en su brazo. “Pero, ese número... entonces tú también eres una prisionera,” soltó Hannah. “Soy una prisionera—sí,” dijo la mujer. “Pero no soy una judía...”. Sostuvo su brazo para que el número azul quedase a la vista. (88-89)



“Placa conmemorativa del gueto judío en Budapest”

Foto: Déborah A. Garrido Daneri. 2015

Es comúnmente sabido que no sólo los judíos fueron víctimas del nazismo. Deberíamos tener en cuenta que los nazis rechazaban e intentaban eliminar a cualquiera que no fuese ario. Sin embargo, en el siguiente fragmento podemos apreciar cómo aquellos no judíos— aunque igualmente prisioneros— tenían la oportunidad de ejercer cierto poder sobre el resto. Además, entre los propios judíos habían ciertos privilegios

relacionados con sus cualificaciones—músicos, barberos y médicos, ente otros— productividad o antigüedad. De hecho, existía un grupo conocido como los “Sonderkommandos” (comandos especiales) formado por prisioneros que eran obligados a trabajar para el ejército nazi.<sup>4</sup> Aún más trágico, algunos eran obligados a enfrentarse a sus propias familias y meter sus cadáveres en los hornos:

“¿Ves mi número? Es menor que el tuyo. Alguien con un número como el mío ha estado aquí durante mucho tiempo. Somos supervivientes. Podemos contarte

<sup>3</sup> Este lema en alemán se puede traducir como: “El trabajo os hará libres.” Este cartel fue puesto a la entrada de los campos de concentración de toda Europa, incluyendo Auschwitz y Dachau.

<sup>4</sup> La principal tarea de los “Sonderkommandos” (comandos especiales) era llevar a los prisioneros a la cámara de gas y luego los cadáveres al horno. Además, su otro cometido era que los prisioneros no conservasen ninguna pertenencia valiosa.

cosas. Lee los números. Mi número menor te dice que yo puedo ‘organizar’ cosas”. (115)

El chico que había silbado se agachó y cogió a Fayge en sus brazos. Su rostro sin barba estaba serio, pero no había ningún viso de dolor u horror en él. A pesar de esto, llevó a Fayge como quien lleva a un ser querido, con ternura y orgullo. Rivka susurró, a nadie en particular, “Ese que lleva a Fayge, ese es mi hermano Wolfe”. (153)

Una serie de normas también se impusieron en los campos, regulando lo que los prisioneros podían hacer y lo que, por el contrario, estaba completamente prohibido. Algunas fueron impuestas por los nazis, mientras que otras las establecieron los propios prisioneros con el fin de asegurarse otro día más de vida:

El oficial se aclaró la garganta. “Tendrán disciplina,” dijo de repente sin preámbulos. “Trabajarán duro. Nunca contestarán, se quejarán ni preguntarán. No intentarán escapar. Harán esto por la Patria.<sup>5</sup> Harán esto—o morirán”. (109-110)

“Escúchenme. Por favor. Deberán escuchar si quieren permanecer con vida. Yo sé las cosas que deben saber en este lugar. El ‘Malach ha-mavis’, el ángel de la muerte, se cierne sobre nosotros. Pero podemos engañarlo si seguimos las reglas”. (113)

Estaba claro que para ellos, la única regla que prevalecía en los campos, sobre cualquier ley moral o legal, era la ley de la supervivencia.

La presencia de monumentos, la celebración de rituales y la preservación de costumbres son elementos fundamentales para ejercitar la memoria de esos recuerdos. En palabras de Irwin-Zarecka, se convierten en recursos primordiales para el recuerdo: “Aceptando el hecho de que nuestro conocimiento del pasado nunca llegará a ser del todo adecuado, continuamos contando historias con los rituales conmemorativos y con la construcción de monumentos” (23). Considerando este aspecto de la memoria, la incorporación de estos elementos a esta novela supone un sólido comienzo para la comprensión tanto de la historia y la cultura judías, como del holocausto en sí. De hecho, esta historia de Yolen se basa en la celebración de una de las más importantes ceremonias para la cultura judía: la Pascua.

Aunque los judíos conmemoran este evento de origen bíblico desde mucho antes del nacimiento de Cristo, Yolen le confiere un nuevo significado a esta celebración relacionándolo con la reminiscencia del holocausto. Considerando que este ritual evoca la liberación de los judíos de la esclavitud, liderados por Moisés, se puede establecer un claro vínculo entre estas dos masacres sufridas por el pueblo judío: la primera a manos de los

---

<sup>5</sup> Este término fue aplicado durante la II Guerra Mundial como parte de la propaganda nazi. Hacía alusión al sentimiento de patriotismo que justificaba los horrores del holocausto.

egipcios y la segunda infligida por los nazis. En relación con esto, es también importante recalcar lo comentado por Irwin-Zarecka: “A los judíos se les considera como ‘el pueblo del recuerdo’ ya que prácticamente todas sus festividades son conmemorativas, refiriéndose a hechos históricamente distantes pero que se concentran anualmente en una serie de rituales (e historias)” (57).

“La Pascua no es sólo una comida, Hannah,” dijo su madre finalmente, suspirando y pasando los dedos por su melena grisácea;

“Podrías haberme mentido,” balbuceó Hannah.

“Se trata de recordar”.

“Todas las fiestas judías se centran en recordar, mamá. Estoy cansada de recordar”. (4)

Dejando a un lado la ceremonia en sí, Yolen también presenta otros elementos de ésta que se pueden relacionar con el cometido de su novela. Por un lado y durante la cena, es parte de la tradición comer ciertas hierbas especiales con sabor amargo. Como bien dice Hannah en otro pasaje del libro: “éstas eran para recordar” (72). La amargura es un recordatorio de los duros tiempos que los judíos han pasado a lo largo de su historia, la cual tienen que probar cada año. De la misma forma, la popular canción “Dayenú”—comúnmente cantada durante esta celebración—suena en la voz de la tía Eva. El significado literal de esta canción es “hubiera sido suficiente”. Esta frase refleja perfectamente por todo lo que los judíos han pasado.

Continuando con estas tradiciones, hay otro importante ritual mencionado por Yolen en la historia:

“Ahora, todos ustedes desnúdense. ¡Deprisa! Finjan que están en uno de sus rituales de baño. Ah sí, no soy judía, pero incluso yo he oído hablar de ello. ¿Cómo lo llaman?” “Mikve,” murmuró la madre de Esther. “Sí, mikve,” dijo la mujer. “Pues éste es su mikve para prepararse para sus nuevas vidas en el campo”. Sonrió y se fue. (90)

El objetivo del “mikve” es la purificación, aunque esto no implica que sea obligatorio después de cometer un acto impuro. Pero estar impuro implica que no se pueden realizar ciertas actividades hasta que uno no se sumerja en el agua del mikve.<sup>6</sup> La importancia de este ritual en relación con el holocausto se puede abordar desde dos perspectivas. Por un lado, durante el régimen nazi los judíos fueron vetados de hacer casi cualquier cosa: no tenían acceso a lugares públicos, fueron segregados y perdieron todos sus derechos políticos, económicos y sociales. Para aquellos que sobrevivieron, el holocausto se convirtió en su mikve. Además, por otra parte, esta purificación fue necesaria para empezar una nueva vida

---

<sup>6</sup> Por ejemplo, las mujeres judías necesitaban pasar por este ritual después de su período menstrual para poder tener relaciones sexuales.

fuera de los campos, una vez superada esta horrible etapa, permitiéndoles hacer lo más importante: vivir. En este sentido, una vez más podemos ver esto reflejado en Hannah: durante su experiencia se le niega la posibilidad de recordar, no puede recuperar sus recuerdos hasta que no experimente en su propia piel lo que tanto se negaba a aceptar. Vivir la pesadilla del holocausto fue su mikve.



“Zapatos en el Danubio.”

Foto: Déborah A. Garrido Daneri. 2015

Aparte de éste, *The Devil's Arithmetic* está lleno de otros importantes símbolos hábilmente incorporados en la historia de Yolen, empezando por el mismo título. A través de la novela, hay diferentes alusiones a este concepto: la aritmética del diablo. Tal como se explica en los siguientes fragmentos, la aritmética del diablo era el sistema que predominaba en los campos nazis. Un día más para algunos

significaba una vida tomada de otros. El plan diario de los prisioneros era añadir un “uno” a su cuenta personal; para ellos todo contaba:

“Y ella sabía que cada día que seguía viva, ‘seguía viva’. Uno más uno más uno. La aritmética del diablo, lo llamaba Gitl”. (135)

“Las rutinas diarias eran como antes, el único cambio era el aspecto rojizo del cielo cuando los vagones eran cargados de ‘zugangis’ [novatos] sin nombre junto a las vías de la muerte. [...] Un poco de matemáticas, como la resta, donde uno tomado de la parte superior de una fila de números se convierte en uno sumado a la siguiente en la parte inferior. La aritmética del diablo”. (146)

Atención especial hay que prestar a una de las más reconocibles marcas de verificación dejadas por el holocausto: los tatuajes de números. En esta novela, el significado de los números puede ser interpretado tanto desde el recuerdo como desde la propia vivencia en los campos. No son simples números y se deben analizar de una forma especial debido al peso histórico que conllevan y a su valor en relación con la novela.

Históricamente hablando, los tatuajes de números se usaban para la identificación de los prisioneros, aunque esto no fue así en todos los campos: “Durante el holocausto, sólo se tatuaba a los prisioneros de los campos de concentración sólo en una localización concreta, el complejo de Auschwitz, que constaba de Auschwitz I (el principal), Auschwitz II (Auschwitz-Birkenau), y Auschwitz III (Monowitz y los subcampos)” (Holocaust). Al principio, estos números de serie se bordaban en la ropa pero, al incrementarse el número de muertes, los comandantes nazis se vieron en la necesidad de buscar un sistema de identificación más duradero. Una vez acabado el holocausto, estos tatuajes conservaron su

importancia pero por un motivo diferente: el recuerdo. Para algunos, observar estos números significaba volver a experimentar los horrores sufridos en los campos, mientras que para otros se convirtió en la evidencia de que estuvieron allí y sobrevivieron:

Cuando era más joven, el número de cinco dígitos en su brazo le fascinaba. [...] Justo después de nacer Aaron [...] Hannah había cogido un bolígrafo y escrito una serie de números en la parte interna de su brazo izquierdo, lo suficientemente fuerte como para casi rasgarse la piel. Pensaba que le agradaría al abuelo Will [...] Por un momento, él se quedó mirándola sin comprender. Luego la cogió repentinamente del brazo, gritando en yiddish “Malach ha- mavis” [“ángel de la muerte”] una y otra vez y con su cara gris y horrible. (9)

El significado de estos números adquiere una nueva magnitud: para los personajes que vivieron en los campos, eran un recordatorio de su vida pasada, de lo que vivieron y una promesa de un nuevo futuro después del campo. Rivka era la responsable de introducir al resto de las chicas la técnica para no olvidar sus números ni a la persona que estaba detrás de cada uno. Cada personaje tiene su propia historia. La siguiente cita muestra la descripción del número de Hannah:

“Y también J por judía. Y 1 por mí, sola. Estoy muy, muy sola. Y 9 es por... bueno, en inglés se pronuncia “nain”, que suena como la palabra alemana “nein” [“no”]. No, no moriré aquí. No ahora. No en mi sueño como... niños... niños pequeños”. [...] “Siete es por—por cada uno de los días de la semana que sigo viva. Uno por uno. Luego 2 por Gitl and Shmuel, quienes también están aquí, en este lugar”. [...] “Y 4 es por mi familia, creo. Casi los recuerdo. Si cierro los ojos están ahí, revoloteando muy cerca. Pero cuando los abro, ya no están”. (119-120)

En la novela se pueden encontrar otros símbolos de menor importancia que también podríamos mencionar. Por ejemplo, el nombre de la protagonista cuando está en el campo de concentración cambia de Hannah a Chaya. “Pero ese es mi nombre hebreo, pensó Hannah. El que me pusieron en honor a la amiga muerta de tía Eva” (24). Esta amiga fallecida era de hecho la chica que salvó a su tía Eva en el campo y a través de cuyos ojos Hannah fue capaz de ver la crudeza del holocausto. Junto a este lazo emocional, Yolen también señala la ironía del nombre: Chaya significa “vida,” lo que los prisioneros de los nazis tanto querían conservar y que la amiga de su tía Chaya había perdido por sus amigos. Además, en esta novela hay numerosas referencias al “Malach ha-mavis”, el ángel de la muerte. Precisamente, éste fue el nombre dado a Josef Mengele, quien fue uno de los médicos nazis más conocidos, responsable de torturar hombres, mujeres y niños y de practicar experimentos inhumanos con ellos.

El echar la vista atrás sirve fundamentalmente para preservar los recuerdos de episodios significativos. Sin embargo, yo me he centrado más bien en cómo Jane Hyatt Yolen también



presta atención a lo que está más allá del monumento, de las ceremonias conmemorativas o de la misma práctica de recordar: la gente. Particularmente, en cómo afecta a cada persona la opresión, la victimización, y la supervivencia. Es por esto que uno de los propósitos de esta novela es enseñar e instruir sobre la necesidad de preservar el pasado y la importancia de la memoria como medio de conocimiento. Y en eso Yolen es una maestra.

*Obras citadas*

Holocaust Encyclopedia. "Tattoos and Numbers: The System of Identifying Prisoners at Auschwitz." 30 Jul 2015. Web. <<http://www.ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId=10007056>>.

Irwin-Zarecka, Iwona. *Frames of Remembrance: The Dynamics of Collective Memory*. New Brunswick: Transaction, 1994.

Yolen, Jane Hyatt. *The Devil's Arithmetic*. New York: Viking, 1988.